



ERIC HOBSBAWM

POLÍTICA
PARA UNA IZQUIERDA
RACIONAL



LIBROS *de* HISTORIA

ERIC HOBSBAWM

POLÍTICA PARA UNA
IZQUIERDA RACIONAL



Traducción castellana de
Carme Castells

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: 1993
Primera edición en esta nueva presentación: abril de 2016

Política para una izquierda racional
Eric Hobsbawm

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Politics for a rational left. Political writing 1977-1988*
Verso y *Marxism Today*, Londres

© Eric Hobsbawm, 1989

© de la traducción, Carme Castells, 1993

© Editorial Planeta S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-944-7
Depósito legal: B. 5792 - 2016
2016. Impreso y encuadernado en España por Book Print

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	7
1. <i>¿Se ha detenido la marcha hacia adelante del movimiento obrero?</i>	15
2. <i>Los efectos de la guerra de las Malvinas</i>	40
3. <i>Cincuenta años de frentes populares</i>	61
<i>Perspectivas revolucionarias tras la primera guerra mundial</i>	63
<i>La exploración de estrategias alternativas</i>	65
<i>La estrategia de los frentes populares</i>	67
<i>El núcleo, la unidad</i>	69
<i>Defensiva y ofensiva</i>	71
<i>El período de la unidad antifascista</i>	74
<i>El debate en el movimiento internacional</i>	76
<i>La política de la larga marcha</i>	77
<i>La situación en la que surgieron los frentes populares</i>	80
<i>Algunas críticas</i>	81
<i>La estrategia que teme la reacción</i>	83

4.	<i>Socialismo y nacionalismo: algunas reflexiones sobre «el desmembramiento de Gran Bretaña»</i>	86
	El estado-nación en el siglo XIX	87
	El nacionalismo separatista actual	91
	Soberanía como dependencia	95
	Marxismo y nacionalismo	97
	Lenin y la liberación nacional	101
	Las contradicciones del «marxismo nacionalista»	105
	Sobre <i>The Break-up of Britain</i>	110
	Las tentaciones del separatismo	114
	Nacionalismo y socialismo en Gran Bretaña .	116
	¿Es inevitable la separación?	119
	Naciones y cambio histórico	123
	El marxismo y el nacionalismo hoy	126
5.	<i>El movimiento obrero en la gran ciudad</i> . . .	129
	La organización del movimiento obrero . . .	132
	Un entorno poco propicio	137
	El transporte y la vivienda	142
	El cambiante rostro de la megalópolis . . .	147
	Las divisiones en la gran ciudad	153
6.	<i>¿Adiós al movimiento obrero clásico?</i>	156
7.	<i>La emancipación de la humanidad</i> (Eric Hobs- bawm entrevistado por Peter Glotz)	168
	Índice alfabético	192

1. ¿SE HA DETENIDO LA MARCHA HACIA ADELANTE DEL MOVIMIENTO OBRERO?*

Es un privilegio para mí pronunciar la conferencia *Marx Memorial* de 1978, y quiero utilizarlo para examinar algunos de los avances de la clase obrera británica durante los últimos cien años. En ocasiones como esta, resulta una costumbre largamente establecida tomar como punto de partida los textos de Marx y Engels, aunque no voy a seguir esta costumbre, por las dos razones que expondré a continuación.

En primer lugar, ni Marx ni Engels se extendieron demasiado sobre la clase trabajadora inglesa entre el final de la Primera Internacional y la década de 1880 y, hasta donde yo sé, no dijeron nada en absoluto sobre ello hace exactamente cien años. En realidad, un día como hoy (17 de marzo de 1878) apareció en un periódico estadounidense un artículo de Engels —el primero de una serie de cinco— sobre los trabajadores europeos. Estos artículos aludían a numerosos países, desde Rusia a Portugal, pero no decían ni una sola palabra sobre Gran Bretaña. Engels mantuvo un silencio total —sin

* Publicado originalmente en *The Forward March of Labour Halted?*, Verso, Londres, 1981.

duda un silencio apesadumbrado— acerca de la a todas luces descorazonadora situación del movimiento obrero en este país hace un siglo.

En segundo lugar, y para profundizar en el tema, lo que deseo resaltar es algo que sólo un análisis marxista —aunque no así los textos de Marx— puede ayudarnos a entender: que la marcha hacia adelante de los trabajadores y del movimiento obrero, que Marx predijo, parece haberse detenido en este siglo desde hace unos veinticinco o treinta años. A partir de entonces, tanto la clase obrera como el movimiento obrero han atravesado un período de crisis, o —por emplear un término más condescendiente— de adaptación a una nueva situación. Muchos de nosotros, enfrascados en la lucha cotidiana, no hemos prestado la debida atención a esta crisis, aunque difícilmente podíamos ignorar algunos de sus aspectos. Mi propósito es analizarla en la perspectiva a largo plazo de la cambiante estructura del capitalismo británico y del proletariado dentro de ella. Considero que nuestra tarea como marxistas, y la mía como ponente en esta conferencia *Marx Memorial*, es aplicar los métodos y el análisis general marxiano concretamente a nuestra propia era, y confío en que Marx compartiría este criterio.

En la década de 1870 se dio por supuesto que la gran mayoría del pueblo británico estaba compuesta por obreros manuales y sus familias; es decir, por obreros manuales ajenos a la agricultura. No es necesario añadir que la mayoría de ellos, incluso entre la población agrícola, eran proletarios, trabajadores asalariados. A la sazón, Gran Bretaña tenía dos peculiaridades prácticamente únicas: la enorme magnitud y porcentaje de su clase obrera manual y la relativamente pequeña magnitud y porcentaje de su población agrícola y, so-

bre todo, su comprativamente poco relevante campesinado. Esto produjo unas importantes consecuencias políticas, que en determinados aspectos todavía persisten.

Mientras que en aquella época en la mayoría de los demás países la introducción de un sistema de voto democrático hubiese dejado en minoría a los obreros manuales, en Gran Bretaña éstos hubiesen constituido inmediatamente una mayoría —por lo menos así se creía. En 1867, el estadístico Dudley Baxter estimaba que los trabajadores manuales no agrícolas representaban casi el 60 por 100 de la población. Así, desde el punto de vista de las clases dirigentes, era absolutamente esencial el ganar o mantener, de una manera u otra, el respaldo político de un importante segmento de la clase obrera. No podían pretender hacer frente a un partido del proletariado independiente y con conciencia de clase movilizándolo a la mayoría de campesinos, pequeños artesanos y comerciantes, ya fuese con o contra la clase obrera; desde la época de la *Second Reform Act* en adelante tuvieron que contar con la realidad de una mayoría de la clase obrera.

Por el momento debo dejar aparte la cuestión de si lo que se entendía por «obreros manuales» en las décadas de 1860 y 1870 es lo que hoy llamaríamos clase obrera o proletariado. Con todo, tanto si lo eran como si no, tenían que ensuciarse las manos y, durante la mayor parte del siglo pasado, el número de obreros manuales, según esta definición amplia, no ha aumentado sino disminuido. En 1911 representaban cerca del 75 por 100 de la población; en 1931 la cifra había descendido hasta el 70 por 100 aproximadamente, en 1961 a un 64 por 100 y en 1976 a algo más de la mitad.

Naturalmente ello no significa que el porcentaje de proletarios en sentido técnico —esto es, de personas que se ganan la vida vendiendo su fuerza de trabajo a cambio de un

salario y las personas que dependen de ellas— haya disminuido. Por el contrario, en este sentido, como Marx predijo, ha seguido aumentando. No se puede calcular con precisión el porcentaje de «empresarios y propietarios» en el siglo XIX, pero en 1911 comprendía menos del 7 por 100 de la población ocupada y desde entonces ha disminuido —después de permanecer más o menos estable hasta 1951— hasta aproximadamente un 3,5 por 100 a mediados de la década de los sesenta. Así tenemos que, durante este siglo, ha aumentado la proletarización, combinada con el relativo declive, dentro de la población asalariada, de los obreros manuales en la acepción literal del término.

Este es un fenómeno muy generalizado en los países industriales. Sin embargo, en Gran Bretaña este declive es especialmente sorprendente debido a una razón histórica particular: hace cien años el sector laboral de los *white collars*, en la acepción más amplia del término, ocupaba sólo a un minúsculo número de asalariados; con toda probabilidad relativamente menos que en otros países con una burocracia considerable, pública y privada. Por ejemplo en 1871 las «ocupaciones comerciales» empleaban, globalmente, a menos de 200.000 personas de un total de 12 millones; mientras que en 1911 la cifra alcanzaba ya las 900.000. En 1976, cerca del 45 por 100 de la población activa podía clasificarse como no manual.

Aquí pues, nos encontramos con el mayor avance de los últimos cien años. Pero observemos más de cerca a los obreros manuales. Hace cien años, la industria dependía del trabajo manual hasta un punto que se nos hace difícil comprender hoy en día, puesto que la tecnología de la revolución industrial de la que Gran Bretaña fue pionera, y que convirtió a este país en «el taller del mundo», estaba muy subdesarrollada en comparación con las pautas modernas. De hecho,

como Raphael Samuel nos recordó recientemente, en realidad era una «yuxtaposición de tecnología manual con tecnología de vapor». Era, por utilizar una expresión moderna, enormemente intensiva en trabajo. Sin duda las habilidades manuales asociadas con el artesanado preindustrial fueron en cierta medida complementadas o aceleradas mediante la energía y la maquinaria, pero no todavía hasta el punto de quedar relegadas por éstas. La maquinaria automática no fue introducida seriamente en los talleres de ingeniería británicos hasta finales del siglo pasado. Otras operaciones, especializadas o no tan especializadas, siguieron dependiendo de la fuerza de trabajo manual. Prácticamente cada tonelada de carbón —que proporcionaba la abrumadora mayoría de energía para todas las aplicaciones— la obtenían hombres con picos y palas.

Estas características de la producción británica del siglo xix tuvieron dos consecuencias. En primer lugar, el aumento de la producción estaba vinculado a una expansión de la fuerza de trabajo en una medida que es difícil de aprehender hoy en día. Así, entre 1877 y 1914 el tonelaje de carbón producido en las minas británicas casi se duplicó, y lo mismo ocurrió con el número de mineros. En vísperas de la primera guerra mundial, se precisaban aproximadamente un millón doscientos cincuenta mil mineros (con sus familias) sólo para la producción del carbón británico. En la actualidad, las espectacularmente superiores necesidades energéticas de Gran Bretaña, incluyendo carbón, petróleo, gas, electricidad y energía nuclear, no requieren más que una fracción de esa enorme fuerza de trabajo. El ejército obrero aumentaba sin cesar. Pero, en segundo lugar, el relativo atraso de la mecanización —con relación a las pautas del siglo xx— proporcionó a los obreros británicos, cuya habilidad manual y experiencia era

indispensable —y esto incluye a otros además de los buenos artesanos—, una considerable fuerza a la hora de la negociación colectiva. Por tanto el sindicalismo británico era ya fuerte o potencialmente fuerte, incluso en industrias en las que, en otros lugares, era notoriamente débil, como en la industria textil algodonera. El gobierno reconoció el sindicalismo hace algo más de un siglo y, dejando aparte algunas áreas e industrias concretas, tras ese reconocimiento durante mucho tiempo no se realizó, o no tuvo éxito, ningún intento sistemático y contundente para desarbolarlo. Al propio tiempo, la peculiar estructura del sindicalismo británico también reflejaba —y sigue reflejando— este pasado histórico.

Así, a diferencia de otros muchos países, los sindicatos británicos no son unos cuantos gigantes ocupándose teóricamente cada uno de ellos de los trabajadores pertenecientes a una industria específica. Aunque este modelo de sindicalismo industrial fue favorecido —y en un momento propugnado militantemente por los socialistas—, por lo general no tuvo éxito. Incluso en el ámbito ferroviario, como es sabido, la rivalidad entre los sindicatos industriales y sectoriales no se ha eliminado. En lugar de ello —o más bien codo a codo con tales tendencias industriales— tenemos la coexistencia de sindicatos gremiales y lo que es un fenómeno peculiar británico —cuando menos a esta escala—: los grandes «sindicatos generales» que gradualmente absorbieron a aquellos que no resultaban atractivos para —o deseados por— los sindicatos gremiales; los que eran demasiado débiles para constituir uno, y otros casos diversos. Por otra parte, y hasta cierto punto, esta tendencia, establecida por primera vez en el período de la gran huelga portuaria de 1889, continúa consolidándose. Cada vez más los pequeños sindicatos han tendido a amalgamarse en sindicatos mayores; pero mientras que estas amal-

gamas podían considerarse, en la primera mitad de este siglo, como pasos hacia algún tipo de sindicalismo industrial, en los veinte años últimos han seguido una trayectoria tendente a la formación de nuevos conglomerados del tipo «sindicato general», como con la fusión de la AUEW [Amalgamated Union of Engineering Workers], el Sindicato Mixto de Trabajadores de Ingeniería, con los soldadores y los delineantes y la de la ETU [Electrical Trades Union], el Sindicato de Electricistas, con los fontaneros. A la inversa, la enorme fuerza potencial del tipo de obrero «artesanal» continúa dejándose sentir en el sindicalismo, especialmente en el gran complejo de industrias metalúrgicas, de ingeniería y eléctricas que seguían expandiéndose, al tiempo que se contraían las antiguas industrias del siglo XIX como las textiles, mineras y de transporte.

Al llegar el sindicalismo de masas a estas industrias en la década de los años treinta de este siglo y durante la guerra, inicialmente lo hizo a través de los artesanos —con frecuencia se trataba, como en el caso de la industria aeronáutica, de hombres que todavía trabajaban, e incluso pensaban, en los antiguos términos del orgullo artesanal. En fecha tan tardía como 1939 los hombres de Harland and Shorts, en Belfast, rehusaban todavía cobrar a «tanto por pieza», al igual que lo hicieron sus abuelos en los sindicatos gremiales de la época de Marx. Estos fueron los hombres que propagaron el sindicalismo en la industria automovilística; que mantuvieron a las fábricas de tipo medio como un grupo de sindicatos gremiales separados; e, incidentalmente, que indujeron a las mujeres y a los peones a organizarse en la T&GWU [Transport & General Workers Union], que de esta manera se convirtió en el sindicato mayoritario de la industria del motor. Precisamente se debe a la persistencia en muchas fábricas del sindicalismo múltiple el que la coordinación intersindical de las

masas, efectuada por gente como los enlaces sindicales, se convirtiese en una fuerza formidable de la industria británica.

He resaltado estas continuidades históricas, que a su vez se combinaban con una gran transformación histórica. Hace un siglo la clase obrera estaba profundamente estratificada, aunque esto no le impedía considerarse a sí misma como clase. Las propias gentes que constituían la columna vertebral del sindicalismo, quizás a excepción de los mineros, constituían —y como tal se les consideraba— una aristocracia laboral que miraba desde arriba a la masa de trabajadores no especializados por ser «simples peones». Pero el cambio industrial primero amenazó y después erosionó esta superioridad en tres sentidos. En primer lugar, el aumento del empleo terciario —*white collars* y profesionales— produjo una nueva forma de aristocracia laboral directamente identificada con la clase media. Sólo después de la segunda guerra mundial —por lo menos fuera del sector público— los *white collars* y los profesionales se organizaron masivamente en los sindicatos, y sobre todo en la TUC [Trade Unions Congress], es decir, en el movimiento obrero consciente. En segundo lugar, la tecnología moderna propició cada vez más un estrato de profesionales y técnicos que las empresas captaban de fuera en lugar de promocionar a sus propios empleados con experiencia. Así se amplió la fractura entre la aristocracia laboral y los estratos medios. Por otra parte, la moderna tecnología y la organización industrial amenazaron la privilegiada posición de la aristocracia obrera, convirtiéndola —o reemplazándola— cada vez más por trabajadores menos especializados que se ocupaban de las sofisticadas máquinas o desempeñaban tareas concretas que formaban parte de una crecientemente especializada división del trabajo. En otras palabras,

como Marx predijo y los capitalistas siempre procuraron, la especialización cada vez más se transfirió de los hombres a las máquinas, o a la estrategia de los flujos de producción. Así, la clase obrera se vio amenazada por la adulteración. Por ello la aristocracia obrera no sólo se vio forzada a apartarse de los estratos medios, sino a integrarse en los otros estratos de la clase trabajadora; si bien sus ventajas económicas (entendidas como algo diferente de su posición en la estructura social) no estuvieron seriamente amenazadas antes de la primera guerra mundial. Así, esta aristocracia obrera tendió a radicalizarse, especialmente en los grandes complejos de industrias en los que la mecanización, la producción masiva y otros cambios similares en la organización industrial produjeron las confrontaciones más directas entre los trabajadores especializados, así como las nuevas amenazas, en el creciente complejo de las industrias metalúrgicas.

Ahora me gustaría señalar, de pasada, que mi explicación de este proceso difiere ligeramente de la de Engels, aunque realmente no entra en conflicto con ella. Engels, que escribió acerca de estos problemas en la década de 1880 (especialmente en los nuevos prefacios a su obra *Las condiciones de la clase obrera en Inglaterra*), remarcaba dos cosas: primero, la formación en Gran Bretaña de una aristocracia obrera «relativamente acomodada» e ideológicamente moderada; segundo, el monopolio mundial del capitalismo industrial británico que proporcionaba beneficios para todos los trabajadores del país, aunque desproporcionadamente en favor de la aristocracia obrera. Pero «incluso la gran masa tuvo, cuando menos, una participación temporal en ellos».¹ Engels preveía

1. F. Engels, «Preface 1892», en *Marx and Engels on Britain*, Moscú y Londres, 1968, p. 31.

una radicalización de la clase obrera británica como resultado del declive del monopolio mundial del país, aunque no previó que tal radicalización se produjese entre la aristocracia laboral de los «antiguos sindicatos», sino más bien por el surgimiento de las organizaciones obreras entre las hasta entonces desorganizadas masas, cuyas mentalidades estaban «libres de los “respetables” prejuicios heredados que obnubilaban las mentes de los “viejos sindicalistas” mejor situados». ² Sin embargo, lo que Engels no percibió suficientemente fueron los avances de la producción capitalista que radicalizarían a la propia vieja aristocracia obrera, cuando menos en las boyantes industrias del siglo xx. Pero en la década de 1880 estos avances todavía no eran muy visibles.

Todo esto no significa que la clase obrera se convirtiese en una única masa homogénea, si bien en muchos aspectos tendió a unirse más, debido a su mayor conciencia de clase, a las demandas de tipo político que compartían trabajadores de cualquier estrato y sector —por ejemplo, en las áreas educativa, de sanidad y seguridad social cubiertas por el gobierno local—, a unas pautas y un estilo de vida comunes y, minoritariamente, a una ideología obrerista y socialista. Este «estilo» común —si puedo llamarlo así— de la vida proletaria británica empezó a surgir aproximadamente hace un siglo; se formó entre las décadas de 1880 y 1890 y continuó siendo dominante hasta que empezó a erosionarse en la década de 1950. No me refiero solamente al auge del movimiento socialista y del Partido Laborista como partido de las masas obreras británicas, a los cambios en el sindicalismo, al enorme e ininterrumpido aumento del número de miembros captados —desde medio millón en 1880 hasta tres millones en

2. *Ibid.*, p. 32.

1914—, sino también a los aspectos no políticos de la vida de la clase trabajadora: al auge del fútbol como deporte proletario de masas, al *Blackpool* tal como aún lo conocemos hoy en día, a las tiendas de *fish-and-ships* [pescado y patatas fritas], todos ellos producto de las décadas de 1880 y 1890, o como muy pronto de la de 1870; a la famosa gorra inmortalizada por las historietas de Andy Capp, que son, en un sentido amplio, eduardianas y, un poco más adelante, a las viviendas de protección oficial, al cine, al *palais de danse*.

Al propio tiempo, la naturaleza del capitalismo británico experimentó un profundo cambio en cuatro sentidos. Primero, como se ha esbozado, se había transformado en un sistema de producción gracias a la tecnología, la producción masiva, y a la enorme concentración de la unidad productiva, es decir, la factoría en la que la gente trabajaba. En 1961 casi la mitad de los obreros de las fábricas trabajaban en plantas de más de 500 trabajadores; una cuarta parte en centros de más de 2.000, y menos del 10 por 100 en unidades de 50 o menos.

En segundo lugar, el auge del capitalismo monopolista —con un sector público masivo— concentró aún más el empleo y, concretamente, creó un vasto sector de empleados gubernamentales u otros que sencillamente no existía un siglo atrás. En la actualidad una cifra cercana al 30 por 100 de la población activa trabaja en el sector público —como funcionarios del gobierno, de las autoridades locales o de las industrias nacionalizadas— y la proporción va en aumento. Esto quiere decir que por cada dos personas empleadas en el sector privado (sin contar los empresarios y los autónomos) hay una en el sector público.

En tercer lugar, de lo anterior se sigue que los factores que determinan la situación de los trabajadores ya no son, en gran

medida, los de la competencia capitalista. El sector capitalista ya no es un sector dominado por el libre mercado, puesto que éste se halla ampliamente monopolizado; y el sector público, como empresario, como proveedor de todo tipo de servicios sociales y subsidios, y como gestor de la economía, determina en gran manera todos estos factores o, cuando menos, determina los límites en los que se mueven. Las decisiones políticas y no lucrativas determinan la práctica del sector público.

Y, finalmente, el actual nivel de vida de la mayoría de los trabajadores ha evolucionado a mejor. Varias de estas características pueden remontarse hasta el período comprendido entre la muerte de Marx y la primera guerra mundial, pero la transformación verdaderamente espectacular se produjo a partir de 1939.

Todo ello implicó diversos cambios en la clase obrera, bastante al margen de la creciente división entre una clase obrera manual que cada vez más tendía a votar a su partido de clase y el estrato de *white collars* que, por lo menos fuera del sector público, era predominantemente conservador hasta que hace unos veinte años, aproximadamente, empezó también a organizarse en sindicatos especializados y —quizá en menor medida— a evolucionar políticamente hacia la izquierda. A continuación mencionaré algunos de estos cambios.

Primero, como el propio Engels señaló, hace cien años la clase obrera organizada —a excepción de la industria textil— estaba constituida en su mayoría por hombres. En la medida en que las mujeres se incorporaron al trabajo asalariado, cosa que hacían principalmente antes y después de casarse (en 1914 sólo el 10 por 100 de las mujeres casadas tenían este tipo de empleo), fueron consideradas como personal no especializado y tratadas como mano de obra barata. En cualquier caso

y con mucho la mayoría de ellas —el 44 por 100 en 1881— trabajaban como sirvientas. Incluso en 1911, cuando el servicio había empezado ya a declinar como ocupación, todavía había un millón y medio de criadas. Este fue el «abajo» del «Arriba y abajo». Aunque durante el cuarto de siglo anterior a 1914 ya era perceptible una notable presencia de la mujer en la industria, e incluso más en las tareas de oficinista o dependienta, las mujeres continuaron siendo tratadas como trabajadores de segunda clase, y la demanda en pro de un igual salario no conoció ningún progreso significativo hasta pasada la segunda guerra mundial. Y aunque el empleo asalariado de mujeres casadas aumentó ligeramente en el período de entreguerras —en 1931 el 13 por 100 de mujeres casadas tenían este tipo de empleo—, tal práctica no se normalizó hasta pasada la segunda guerra mundial. Desde 1951 la proporción de mujeres casadas técnicamente descrita como «ocupadas» ha aumentado de una quinta parte a la mitad, lo cual representa un cambio importante en la composición de la clase obrera.

Geográficamente, un siglo antes la clase obrera era, pese a todas las migraciones y a su movilidad, un agregado de comunidades localizadas. Todavía sigue estando mucho más enraizada localmente que las clases medias, como cualquiera puede percibir tan pronto como abre su boca un sindicalista de Birmingham o Gateshead —por no hablar de uno de Clydebank o Swansea—. Pero globalmente tales diferencias locales no van en contra de un único sentimiento de conciencia de clase, sino que más bien forman parte de él. Las diferencias entre los trabajadores del Lancashire o del Yorkshire no difuminan —sino que quizá pueden haberlas destacado— sus características comunes como trabajadores. Incluso las crecientes diferencias —especialmente en los años de entregue-

rras— entre las viejas y decimonónicas áreas industriales del norte, de Escocia y Gales, y las nuevas áreas industriales de las Midlands y el sureste no produjeron una gran división de sentimientos y actitudes. La única excepción a esto fue la nacionalidad (o, en el caso del principal grupo inmigrante, el irlandés, «nacionalidad *cum* religión»). Aquí, como el propio Marx constató, hubo una fuerza que dividió profundamente la clase obrera inglesa, cuando menos potencialmente, y como testimonio de ello tenemos la historia política de la ribera del Mersey. Y si las rivalidades entre los partidarios del Sheffield United y el Sheffield Wednesday, o de los Notts County y Notts Forest no dividieron tanto como destacaron la unidad básica de los trabajadores de esas ciudades, todos sabemos que los partidarios de los Rangers y el Celtic, o del Liverpool y el Everton, o de los Hearts and Hibs, provocaron esta división en una línea nacional-religiosa. Aun ahora, lo más sorprendente de la clase obrera inglesa es cuán poco —yo diría cuán crecientemente poco— se vio afectada por tales fisuras nacionales hasta la década de 1950, pese a que es indiscutiblemente obvio que los escoceses, galeses e irlandeses se enorgullecían de *no* ser ingleses; y los demás hacían lo propio. A diferencia, por poner un ejemplo, de los polacos en la Alemania imperial, los irlandeses en Gran Bretaña, de organizarse, se unían a los sindicatos británicos y apoyaban al partido británico de su clase, cuando menos después de que Irlanda lograra su independencia. Hasta que el movimiento obrero en su conjunto entró en su crisis actual, en Escocia y Gales no había una base de masas significativa para partidos nacionales, y hasta que se produjeron las inmigraciones masivas procedentes del antiguo imperio, tras la segunda guerra mundial, podía decirse que el racismo de la clase obrera era probablemente menos significativo en Gran Bre-

taña que, por ejemplo, en Francia —aun cuando existía un sentimiento antiirlandés y un cierto sentimiento antijudío localizado, este último a partir de principios de este siglo. En todo caso, este sentimiento parecía una fuerza en declive durante los tres cuartos de siglo posteriores a 1878; más bien se trata de otra evolución significativa y desagradable de este último cuarto de siglo.

Pero entre la clase obrera existen otras divisiones. Hace un siglo, en ella se daban tres grandes diferencias sectoriales: la que se producía entre industrias y secciones, empresas o localidades particulares en una industria (la cuenca del Tyne y el suroeste); la que se daba entre diversos grados o niveles de trabajadores («artesanos» y «peones»); y entre grupos rivales dentro del mismo nivel o grado, así como entre diferentes grupos de trabajadores especializados.

Por lo que se refiere a la primera de ellas, hace un siglo las diferencias locales y regionales eran notables y probablemente iban en aumento. Tendieron a disminuir a partir de 1900, aunque en algunas ocasiones, cuando algunas regiones eran relativamente prósperas y otras muy deprimidas, como sucedió en el período de entreguerras, pudieron continuar siendo muy elevadas en la práctica debido al desempleo. En teoría, el auge del capitalismo monopolista de Estado y el empleo en el sector público tendió a allanar tales desigualdades. En la práctica las cosas son más complicadas, aunque no sea este el lugar para discutir estos problemas exhaustivamente.

En lo que incumbe a las diferencias sectoriales entre grupos rivales del mismo nivel, éstas tienen una larga historia. Han ocasionado conflictos, principalmente cuando algunos grupos trataron de mantener para sí el monopolio de determinados trabajos frente a otros grupos, ya fuese porque el progreso técnico socavaba su monopolio natural de largo

aprendizaje y especialización, o porque en época de desempleo existía mayor presión para ocupar un número limitado de empleos. Así, las amargas disputas de delimitación de competencias en los astilleros del norte alcanzaron su punto álgido en la década de 1890, y todavía siguen produciéndose. En la medida en que la antigua división del trabajo se hizo cada vez más obsoleta, estos grupos de trabajadores especializados, potencialmente rivales o competidores, han tendido muchas veces a unirse —por ejemplo la fusión de los caldereros, carpinteros de navío y herreros—, aunque este tipo de sectorialización está muy lejos de desaparecer. De hecho, se ha acrecentado en la medida en que el moderno desarrollo industrial ha atajado la sectorialización sindical y ha hecho posible que diferentes industrias y grupos de trabajadores realicen procesos que esencialmente son alternativos si no iguales. Así, en 1878 no podían darse solapamientos entre —por poner un ejemplo— periodistas y cajistas de imprenta, pero con la moderna tecnología que permite que un periodista mecanographe directamente a prensa, estos solapamientos pueden darse, y de hecho se dan. La existencia de los contenedores de mercancías produce conflictos potenciales y reales entre los estibadores, los camioneros y los ferroviarios que sencillamente no existían ni podían existir en 1878 y ni siquiera mucho después. Y así sucesivamente. Algunos mineros del carbón serán partidarios del desmantelamiento de la industria energética nuclear, pero presumiblemente no será este el caso de los trabajadores de dicha industria. Por tanto, me atrevería a afirmar que este tipo de sectorialización, tras un período en el que probablemente tendió a declinar, ha vuelto a incrementarse tras la segunda guerra mundial. Y esta es una peligrosa evolución.

El tercer tipo de sectorialización, la estratificación, no era

perceptible hace cien años, por dos razones. La primera es que los estratos más favorecidos (como la autodenominada aristocracia obrera) seguían logrando su propósito de restringir la entrada a sus gremios o de mantenerse en una posición privilegiada al ser, en su conjunto, los únicos con acceso a una verdadera organización. De hecho, existen pocas dudas de que en aquel período el sindicalismo reforzó su exclusividad. Tan sólo en el período de liderazgo socialista, primero muy lentamente, y después con mayor rapidez a partir de los grandes disturbios obreros anteriores a la primera guerra mundial, los sindicatos se convirtieron en elementos que allanaron, más que aumentaron, las diferencias locales, de gremio y de categoría.

La segunda razón es que hace un siglo a la hora de fijar los salarios y las condiciones laborales se respetaban bastante las costumbres y las convenciones, y el puro cálculo de mercado solo contaba en parte. La burguesía pagaba lo menos posible, e incluso cuando hubiese podido pagar más pensaba que los salarios de los obreros debían tener un límite que no deberían transgredir jamás. Y podían obrar de ese modo porque los propios trabajadores pensaban en términos de «una paga diaria justa por una jornada de trabajo justa», dependiendo del tipo de trabajadores que eran. Su límite estaba muy por debajo del cielo. En la actualidad todas estas observaciones son insostenibles. Las antiguas jerarquías se han erosionado debido al cambio tecnológico y las diferencias se han ido esfumando, especialmente debido a la implantación de cambios complejos, asistemáticos, opacos e impredecibles en el pago de los salarios —como el pago por resultados, las horas extras sistemáticas, y algunos de los efectos de la negociación de la productividad— que ya no otorgan una ventaja automática a la especialización profesional. También (sobre todo

durante el gran *boom* del periodo posterior a la segunda guerra mundial) los trabajadores aprendieron que el límite de sus demandas estaba mucho más próximo al cielo de lo que la mayoría de ellos hubiese podido imaginar jamás, y los empresarios estaban dispuestos a hacer concesiones que anteriormente habrían considerado impensables. A mi entender, estas tendencias se remontan hasta la época eduardiana, ya que pueden detectarse en algunos debates sindicalistas.

Así pues, todo ello parece indicar que las antiguas estratificaciones de la clase obrera —aun con todos los remanentes de viejas divisiones y tensiones— deberían perder su importancia y cada vez más deberían prevalecer los intereses comunes de clase. Y probablemente fue lo que ocurrió en la primera mitad de este siglo, aunque sería erróneo considerar que ello hizo que la clase obrera fuese más homogénea. Sin embargo, ahora me parece que nos encontramos ante una creciente división de los trabajadores en sectores y grupos, cada uno en pos de sus propios intereses sin atenerse a los de los demás. Lo que sí es nuevo es que su capacidad de actuar así no está ya relacionada con criterios tradicionales tales como su cualificación técnica y su posición en la escala social, como sucedía antes. De hecho, ahora suele ocurrir (como ocurría a veces incluso hace un siglo) que grupos de trabajadores hacen huelga sin tener en cuenta los efectos de ella sobre los demás —los obreros especializados con respecto a los peones, por ejemplo— y que la fuerza de un grupo ya no radica en la cifra de pérdidas que pueden causar al empresario, sino en las molestias que pueden ocasionar al público, es decir, a los otros trabajadores, mediante interrupciones de la energía eléctrica o cualquier otra acción. Esta es una consecuencia natural del sistema de capitalismo monopolista de estado, en el cual el principal blanco sobre el que ejercer pre-

sión no es la cuenta bancaria de los empresarios, sino, directa o indirectamente, la voluntad política del gobierno. Dada la naturaleza de las cosas, estas formas sectoriales de lucha no sólo crean fricciones potenciales entre grupos de trabajadores, sino también el riesgo de debilitar el arraigo del movimiento obrero en su conjunto. El sentimiento de solidaridad de clase puede debilitarse aún más debido a que los ingresos reales de una familia pueden no depender ya sólo del propio trabajo del obrero, sino más bien de si las mujeres o maridos también trabajan y de qué tipo de trabajo tienen, o de otros factores diversos no determinados directamente por la lucha sindical. En resumen, aunque existen muchas razones materiales y morales para la solidaridad, y también algunos ejemplos espectaculares de ésta —como los derivados de la *Industrial Relations Act* [Ley de Relaciones Industriales] en 1970-1971 y las huelgas de mineros— existen pocas dudas de que la sectorialización va en aumento.

Existe una última división en el seno de la clase obrera que en algunos aspectos recuerda las divisiones de hace un siglo, aunque la situación hoy en día es bastante diferente. Es la división que se produce entre aquellos que pueden beneficiarse plenamente de las grandes mejoras económicas y sociales de la era de la posguerra y los que no —si quieren, aquellos a quienes hace un siglo hubieran denominado «los pobres». Esta es la gente que sistemáticamente ocupa empleos infrarremunerados, prácticamente fuera del alcance de los verdaderos sindicatos; la cuarta parte de todas las familias que perciben más de la mitad de su renta familiar de la seguridad social y cobran menos de cuarenta libras semanales; la gente que vive en alojamientos alquilados a particulares frente a aquellos que poseen casas y alquilan viviendas protegidas —en 1975, el 17 por 100 de los trabajadores no cualificados vivían

en viviendas alquiladas a particulares frente al 11 por 100 de trabajadores cualificados que vivían en las mismas condiciones; se trata, en definitiva, de la gente que vive peor y paga más. Y al ocuparnos de ellos no debemos olvidar que, comparándolos con los baremos internacionales, los salarios británicos han quedado por detrás de los de otros países, y que el sistema de seguridad social, del que tan orgullosos nos sentíamos en los primeros años de la posguerra, ha descendido a unas cotas incluso inferiores que las de los sistemas de seguridad social de muchos otros países europeos. Los pobres son quienes están desproporcionadamente peor, y a quienes ayudan menos directamente las estructuras organizativas obreras establecidas. Hace un siglo el movimiento obrero recomendaba sus formas de lucha y organización a todos —sindicatos, cooperativas, etc. Pero ahora estas formas de organización no son *accesibles* a todo el mundo, sino sólo a unos estratos privilegiados de trabajadores. Quizá debamos preguntarnos si hoy en día no existe una suficiencia similar entre algunos sectores del movimiento.

Así pues, ¿en qué medida el desarrollo de la conciencia de clase de la clase obrera británica refleja estas tendencias? Examinemos el exponente más elemental de esta conciencia de clase, el sindicalismo. Sin duda, éste ha experimentado un crecimiento prácticamente ininterrumpido desde hace un siglo, del 13 por 100 de trabajadores en 1900 al 45 por 100 recién terminada la segunda guerra mundial (1948) —si bien no disponemos de cifras anteriores a la década de 1890 para efectuar una comparación. Después el ritmo de afiliación permaneció algo estancado e incluso llegó a descender un poco y, aunque volvió a aumentar en las décadas de los sesenta y los setenta, actualmente sólo es algo mayor (porcentualmente) que en 1948, el 46 por 100. Y un aspecto que suele pasar

desapercibido es que este porcentaje es mucho menor que en Dinamarca, Suecia y Bélgica, países en los que ronda el 70 por 100, e incluso algo inferior al de Italia. Naturalmente hoy en día la composición del sindicalismo ha cambiado —hay muchas más mujeres y *white collars*—, pero el punto que deseo destacar, lamentablemente, es que el 35 por 100 de empleados no está sindicado, y este porcentaje no ha disminuido a lo largo de treinta años. Y también que Gran Bretaña, la cuna del sindicalismo de masas, en este aspecto está muy rezagada con relación a otros países.

Si nos atenemos a la expresión política de la conciencia de clase, lo que en la práctica significa el respaldo al Partido Laborista, el panorama resulta aún más desalentador. La cantidad y el porcentaje de votantes laboristas (incluyendo los comunistas) aumentó ininterrumpidamente (excepto en 1931) entre 1900 y 1951, año en el que alcanzó la cifra máxima de 14 millones de votantes o, lo que es lo mismo, casi un 49 por 100 de votos. Posteriormente descendió hasta un 44 por 100 en 1959 y 1964; subió de nuevo hasta el 48 por 100 en 1966 y volvió a caer. En las elecciones de 1974 el porcentaje bajó hasta menos del 40 por 100. Y aún más: en términos *absolutos* los laboristas (más los comunistas) después de 1951 casi siempre se quedaron un millón por debajo de su resultado máximo, y en 1974 obtuvieron casi 2,5 millones menos de votos que en 1951, menos que en *cualquier* elección desde 1935. Evidentemente esta tendencia afectó también a los conservadores, que alcanzaron su cifra máxima absoluta (13,5 millones) en 1959, pero esto no es ningún consuelo.

No disponemos de ningún mecanismo tan simple para ponderar los cambios producidos en el grado más elevado de la conciencia de clase, es decir, en la conciencia socialista, pero si adoptamos como criterio aproximativo la militancia acti-

va en todas las organizaciones socialistas —como algo distinto del activismo sindicalista—, entonces nos veremos inclinados a sospechar que a partir de algún momento desde principios de la década de los cincuenta se ha producido un declive, quizás interrumpido a finales de los sesenta. Sin embargo, en este último periodo, una elevada proporción de los nuevos activistas socialistas dentro y fuera del Partido Comunista y otros grupos marxistas probablemente no sean trabajadores manuales, sino estudiantes, *white collars* y profesionales. Y debemos señalar que hasta la década de los cincuenta muchos, o quizá la mayoría de estos nuevos activistas socialistas, procedentes muchas veces de familias obreras y de *white collars*, no tuvieron acceso a los estudios superiores.

Me parece que durante los primeros setenta años aproximadamente de este último siglo ni Marx ni Engels se hubieran sorprendido ni desanimado demasiado por las tendencias que se desarrollaban en el seno de la clase obrera británica. No se hubieran sorprendido mucho porque las tendencias eran como ellos habían predicho —si nos atenemos, por ejemplo, al análisis marxiano del desarrollo del sistema fabril—, si bien pienso que se hubieran sorprendido un poco por la velocidad con la que se desarrolló el sector terciario, aunque quizá no demasiado por la formación de una nueva aristocracia obrera de *white collars* conservadora. Y porque no esperaban mucho de la clase obrera británica, más allá de lo que realmente parecía probable que sucediese, no se habrían desanimado demasiado por el crecimiento de un partido político de masas basado en la conciencia de clase, separado de los partidos de la burguesía, y crecientemente, aunque de una manera vaga, comprometido en la sustitución del capitalismo por el socialismo. Evidentemente, como a usted y como

a mí, a Marx y Engels les habría gustado que la clase obrera fuese un poco más revolucionaria y, como usted y como yo, habrían sentido un cierto desdén por los dirigentes laboristas, aunque en general las cosas parecían ir en una dirección correcta. Pero en los últimos treinta años este movimiento parece haberse bloqueado, salvo en un aspecto: la «nueva» aristocracia obrera de *white collars*, técnicos y profesionales, se ha sindicado, y los estudiantes e intelectuales —de quienes se nutre en gran parte esta aristocracia obrera— se han radicalizado en mayor medida que antes.

He indicado ya algunos de los progresos de la estructura económica y social del país y de su población obrera que pueden explicar esto. Pero los marxistas no son deterministas económicos y sociales, y sencillamente no dirán que esta crisis de la clase obrera y del movimiento socialista era «inevitable» y que nada podía hacerse para impedirla. Hemos visto ya que el alto en la marcha hacia adelante empezó antes de los espectaculares cambios de los últimos veinte años; que incluso en el apogeo de la «sociedad de la opulencia» y el *boom* capitalista, a mediados de los sesenta, había signos de una verdadera recuperación del ímpetu y el dinamismo: el continuo crecimiento de los sindicatos, por no mencionar las grandes luchas obreras, el acusado aumento del voto laborista en 1966 y la radicalización de los estudiantes, intelectuales y otros colectivos a finales de la década de los sesenta. Para explicar el estancamiento o crisis, habremos de detenernos en el propio Partido Laborista y en el movimiento obrero: los trabajadores, y unos segmentos cada vez mayores de ellos, además de los obreros manuales, buscaban un líder y una política. No los encontraron. En lugar de ello tuvieron los años de Wilson, y muchos de ellos perdieron la fe y la esperanza en el partido de masas de la clase trabajadora.

Al mismo tiempo el movimiento sindicalista se fue haciendo cada vez más militante. Y así se produjo, con la excepción de las grandes luchas de 1970-1974, una militancia casi totalmente economicista; y un movimiento no es necesariamente menos economicista y estrecho porque sea militante o dirigido por la izquierda. Los periodos de máxima actividad huelguística desde 1960 —los de 1970-1972 y 1974— fueron los que produjeron un porcentaje más elevado de huelgas puramente salariales —alrededor de un 90 por 100 en 1971-1972. Y, como antes he intentado señalar, la honrada y economicista conciencia sindicalista en algunas ocasiones puede haber enfrentado a unos trabajadores contra otros más que establecido unas amplias pautas de solidaridad.

Mi conclusión es que en la última generación el desarrollo de la clase obrera se ha producido en tal manera que ha planteado varias cuestiones muy serias sobre su futuro y el futuro del movimiento. Lo que hace que todo ello sea aún más trágico es que actualmente nos encontramos en un período de crisis mundial del capitalismo y, más específicamente, de la crisis —casi podríamos decir el colapso— de la sociedad capitalista británica. Este es un momento en el que la clase obrera y su movimiento deberían estar en situación de dar una alternativa clara y conducir a los británicos hacia ella.

No podemos confiar en una simple forma de determinismo histórico para reanudar la marcha hacia adelante del movimiento obrero británico, que empezó a desfallecer hace treinta años. No hay nada que indique que vaya a recuperarse automáticamente. Por otra parte, como ya he indicado, no hay razón para un pesimismo automático. Los hombres, como dijo Marx (el término alemán incluye hombres y mujeres),

hacen su historia en las circunstancias que la historia les ha deparado y dentro de sus límites, pero son ellos quienes *hacen* su historia. Pero si el movimiento obrero y socialista debe recuperar su espíritu, su dinamismo y su iniciativa histórica, nosotros, como marxistas, debemos hacer lo que sin duda Marx habría hecho: reconocer la nueva situación en la que nos encontramos; analizarla de manera realista y concreta; analizar las razones, históricas o de otro tipo, que han causado los fracasos y los éxitos del movimiento obrero, y formular no sólo lo que nos gustaría hacer, sino lo que se puede hacer. Y hubiésemos debido hacerlo incluso mientras esperábamos que el capitalismo británico entrase en su período de crisis espectacular. No podemos permitirnos no hacerlo, ahora que la crisis ya está aquí.